

Escuela Lírica de Alfonso Reyes.

Me pregunto, al iniciar estas líneas, ¿cómo dibujar la figura de este sutil caballero de las Letras americanas, sin amenguar ninguno de sus matices, ni prescindir de la nobleza de su espíritu que rodea el mundo espiritual de los poetas como un horizonte móvil? Y qué amplio y qué generoso el horizonte de Alfonso Reyes, abierto a todas las latitudes, sin olvidar su paisaje nativo de dura raigambre mejicana. Ser de su país y del mundo en cumplida labor, en todos los instantes de una vida viajera y sin descansos. Ser de Méjico y agudamente universal en el espíritu, en la poesía o en esa humanidad de hombre americano, recio en el gesto y cálido como el yaho de tierra recién roturada. Y esta devoción por su propio lazo terrígeno ha estado presente en todas sus actividades. Y si no, basta recordar su revista "Monterrey", cuyo título es la evocación de su pueblo, tendida para sus amigos, como un brazo cordial.

Allá por el año de 1889, en el Estado de Nueva León, nacía para riqueza de las letras americanas, Alfonso Reyes. Muy joven en la carrera diplomática, vive en Francia durante los años anteriores a la Guerra Europea del 14-18, y concluida ésta, pasa a España. En el viejo continente fueron amplias y constantes las pláticas literarias: diaria gimnasia a su sensibilidad privilegiada e incansable palestra para su talento dirigido a la investigación de problemas li-

terarios. Así lo revelan libros primigenios suyos: "Cuestiones Estéticas", publicado en 1911; o "El Cazador" y "Simpatías y Diferencias" que corresponden a su permanencia en Madrid en 1921. Esta misma línea se continúa a través de ensayos que culminan en sus "Cuestiones Gongorinas" del año 1927; en "Rumbo a Goethe" de 1932, o en sus recientes capítulos sobre literatura española, como última muestra de la crítica más depurada.

No es el momento, sin embargo, de hacer el balance de su obra de inquietud humanista. Vamos a referirnos, únicamente, a su frescura poética, llena de emoción y de galanía, proyectada sobre las sucesivas tonalidades de una misma y límpida inspiración. Una leve sonrisa irisa su pensamiento, dotándolo de privilegiada musicalidad. Ha sido, en todo momento, una poesía risueña, la que nació y tomó calor en su pluma. Por ello fluyen las ondas líricas—como hubiera querido él, en las páginas primorosas de su "Tren de Ondas"—para dibujar un itinerario de altísimo rigor estético.

Si quisiéramos, con doce libros suyos, trazar un derrotero a nuestra curiosidad, partiríamos de "Pausa", aquellos dulces poemas que publicó en París en 1926, con la fragancia del primer entusiasmo literario. Versos juveniles, de la temprana y agitada juventud, se acogen en estas páginas con tibia pasión. El poeta vuelve sobre ellos con la leve nostalgia de los años que sabe gastados, aunque presente triunfantes. Allí alberga aquella *Glosa de mi tierra*, con acentos de límpida serenidad. Allí también, se duele de la muerte de Amado Nervo, con estremecida palabra:

"Te adelgazas, te desmayas
y te nos vas a morir!
¡Qué fina inquietud, qué ansia
la de vivir sin vivir!..."

En el calor de su rincón poético, vibra la íntima emoción de la vida naciente. Su obra —sabemos— está dividida en tres zonas: *Huellas* (poemas compuestos entre 1913 y 1919); *Pocas Sílabas* (1921-1923), y *Ventanas* (1921). El poema que abre el libro está dedicado a la rutilante alegría del hijo reciente:

“Honda mirada encendida
en quieta lumbre interior;
alegría sin rumor
que estás colmando mi vida...”

demasiado autobiográfico, quién sabe, pero tremante de sinceridad. Pronto, su fino ademán irónico lo lleva, casi sin sentirlo, a cultivar la letrilla gongorina, de una primera claridad del gran poeta:

“Blanda, pensativa zona
de la mañana de Abril
deriva en pausa segura
la dolencia de vivir.
«Entre pestiñoso sol
no sabe cómo salir,
y flota en pompas el sueño
tal vez sin poder subir.
Yo, con inefable risa
estoy velando por tí.
Las mañanitas de Abril
buenas son de dormir”

Luego, ya en Buenos Aires, publicará las prosas líricas de su “Fuga de Navidad” (1). Estamos en el año de 1929, la emoción pascual invade al poeta, y en su libro, las viñetas

de Norah Borges traen el frágil escorzo de varias siluetas infantiles. El poeta exclama: "Hace días que el frío labra las facetas del aire, y vivimos alojados en un diamante puro".

Cuando Alfonso Reyes viajó a Río de Janeiro en 1931, se vió en la forzosa necesidad de recordar horas de España. Los recuerdos ascendían con la fuerza imperiosa de las experiencias remotas hechas llaga en lo más recóndito de la conciencia. Entonces publica "La Saeta", como una lírica glosa de esa España con la que se identificó perdurablemente:

"Estamos en Sevilla. Recorramos, de día, la ciudad con la vista hacia el índice de la Giralda. Descubriremos como una nueva Sevilla graciosamente encaramada sobre la otra; una Sevilla de campanarios, de espadañas llenas de azulejos de colores donde la cigüeñas cuelgan nidos grises y destacan sus perfiles estáticos". Luego cuenta cómo, en compañía del maestro Falla, recorría de noche la ciudad, en pos de la saeta antigua, clásica, llenos de "sed de oirla". Este libro tiene su gemelo en "Horas de Burgos", publicado el año siguiente (1932) con la misma delectación española de los versos y comentarios del primero.

Aquí Alfonso Reyes se pregunta: "¿De dónde ha brota do esta alegría de Burgos? Tanta, que ya no hace falta gritar. Alegría sin chiste en la conversación, ni bulla en las plazas. Alegría de contemplación y de luz"..... Añade, también, trazos fuertes y sobrios: "Por las tabernas de San Esteban del Castillo hay mujeres feas para soldados. A medida que trepamos la loma, el alma se pinta. Arriba ya, en el arruinado San Gil, la boca se llena de viento y de luz los ojos...."

Alfonso Reyes siempre ha sido un verdadero artista en las ediciones de sus libros. En Río de Janeiro publica, en

1933, un cuaderno de ágil prosa lírica, "La Caída", que subtitula *Exégesis del marfil*, y al mismo tiempo da a la estampa, en Holanda, aquellos "Romances del Río de Enero" de muy cristalina pureza.

El libro está integrado por once romances, a continuación de los cuales, el poeta se siente obligado a hacer ciertas declaraciones líricas. Dice: "Once romances de once cuartetas cada uno, procurando que todos acaben en la décima estrofa, para que la undécima cuelgue, arete o broche. . . ." Y en seguida, precisa más su doctrina estética: "Cada cuarteta debiera repetir la idea general del poema, volver a dibujarla, aunque con objetos siempre diferentes. Tal reiteración, y la catacresis que de ella resulta —distintas imágenes se obligan a expresar la misma cosa, la misma cosa que carece de nombre hecho— son los dos recursos de la poesía. Las ciento veintiuna estrofas pondrían sitio a la misma emoción vaga, que nunca se entrega del todo: "No pude decirte lo que quería".

Y, sin embargo, las estrofas de Alfonso Reyes son líricos testimonios de su elocuencia:

Biblioteca de Letras
«Triguena nuez del Brasil»
castaña del Marañón
tienes la color tostada
porque se te unta el sol. . . ."

y, más adelante, no puede olvidar el encanto feérico de Río de Janeiro en fiesta, y canta:

"Ronda de máscara y música
posadas de Navidad:
México su noche buena
y Río, su carnaval.

Allá, balsa de jardines
vihuelas para remar
y sombreros quitasoles
que siguen el curso astral.

Acá, en la punta del pie
gira el tamanco al danzar,
y las ajorcas son cobras
que suben del calcañar....”

El año de 1934, en Buenos Aires, Alfonso Reyes publica dos poemas de íntimo sabor americano. “Yerbas de Turahumara”, escrito cinco años antes, es el primero. En él, la voz se cubre de una gravedad austera para hablar de los indios:

“Desnudos y curtidos
duros en la lustrosa piel manchada,
denegridos de viento y sol, animan
las calles de Chihuahua....”

También ve la luz su canto “A la Memoria de Ricardo Güiraldes” (2), el Cervantes de la literatura americana, creador de nuestro Don Quijote, el gaucho áspero y rebelde Don Segundo Sombra. Aquí los versos, suenan amplios y plenos, con sabor a epopeya:

“Fino abuelo tuvimos, como hecho de plata y marfil viejo
aunque él nunca lo seguía, supo darnos un buen consejo.
El era una fuente de palabras, un río rumoroso y ancho
pero alguna vez confesó:— Hijo, al buen callar llaman
Sancho.

Y el campesino de América sabe muy bien lo que quiere
porque heredó, entre otros refranes, lo de que el pez por
su boca muere.

Y, sobre todo, la campesina y rampante franqueza del pareado:

“Llegaste cuando yo no estaba y yo vine cuando habías
partido
y nuestra alianza quedó en cinta de todo lo que pudo
haber sido....”

Y si Uds. desean un libro cuyo título tenga absoluto sabor mejicano, podemos recordar que el mismo año (1934) publicó, igualmente en Buenos Aires, su poema “Golfo de Méjico”, como unas vacaciones geográficas en su poesía.

En ningún momento de su carrera literaria, Alfonso Reyes atenuó su vigilante vocación estética. Ha sido y es, sobre todas las cosas, un artista enamorado de la agitada aventura de su creación. Desgarrada o matinal, su lírica se ha desenvuelto presidida por este signo. Por eso vamos a mencionar otros dos poemarios suyos: “Minuta”, juego poético publicado en 1935, y “Otra Voz”, aparecido en Méjico el año de 1936.

En “Minuta” no sabríamos decir si se nos aparece el poeta como un sutil rimador provenzal del Medioevo, o como un fluyente y soleado artista del Renacimiento. Para alimento espiritual, Alfonso Reyes parte de la devota gula cotidiana y prepara una opípara mesa con la transparente inmaterialidad de su inspiración. Oigamos su definición del pan en la servilleta:

“Qué paloma. Qué cotavía
sobre el mantel sabe anidar
y deja tibio todavía
el huevecillo singular.

Encarrujado el lino esconde
o bien plegado en alcatraz

el misterio de harina donde
la ley de Dios germina en paz.

Oh paloma. Oh cotavía
nunca faltes donde estoy.

El pan nuestro de cada día
dánosle hoy”.

y aquel supremo elogio del caldo, precedido de las frases de Santa Teresa, cuando dice: “Entre los pucheros anda Dios, hijas”:

“En buen romance casero
de verdura y de calor
con los brazos remangados
me siento a la mesa yo.

Tierra terrena, terruño
del fondo del corazón.
Bien haya el caldo y bien haya
la madre que lo parió.”

Alfonso Reyes había abierto su libro con los beneméritos versos de Baltasar del Alcázar:

“Pero cenemos, Inés
si te parece, primero...”

y lo cierra, lógicamente, con una nota sobre San Pascual Bailón. En el Colofón, confiesa que los poemas allí reunidos corresponden a los años 1917, 1929, 1930 y 1931 (una opípara y prolongada cena espiritual.....)

En “Otra Voz” el poeta reúne versos de diferentes épocas. Aflora en sus líneas una profunda melancolía que él, apenas, intenta destruir con un gesto irónico. Habla de los poetas o de los ángeles con joroba; de las naciones vo-

lando por el cielo antiguo o de los augurios. Pero en el fondo, como de una callada cisterna surge un dolor que no se borra y que parece quedar aprisionado en estos sencillos versos:

“A veces, hecho de nada
sube un efluvio del suelo.
De repente, a la callada,
suspira y aroma el cedro.
Como somos la delgada
disolución de un secreto,
a poco que cede el alma
desborda la fuente un sueño.
¡Qué pobre cosa la vaga
razón cuando, en el silencio,
una como resolana
me baja de tu recuerdo!”

Aquí en el Perú, donde Alfonso Reyes vive espiritualmente en medio de sus tantos amigos en poesía, sentimos como familiar su voz lírica y su ademán de maestro. Y recordamos no solamente el puro ritmo de su pensamiento, sino ese gesto humano de saber vivir —en estos días— la nobleza de su condición de ciudadano del mundo.

1942

LUIS FABIO XAMMAR